

Socialismo: ¿Nombre de la Utopía Cristiana?

José L. Idígoras, S.J.

Profesor de Teología en la Facultad Pontificia y Civil de Lima, Perú

Desde hace algunos años se ha comenzado a utilizar el término "socialismo" para designar la utopía cristiana hacia la que aspiramos. Nos parece que tal terminología supone una novedad en el lenguaje teológico y queremos por eso hacer algunas reflexiones sobre la conveniencia de utilizarla. No pretendemos hacer un estudio sobre un tema tan complejo como el socialismo, sino limitarnos a la conveniencia del uso de ese término y las razones que lo pueden aconsejar o disuadir.

La *Octogesima adveniens* ha puesto de relieve el fenómeno del "renacimiento de lo que se ha convenido en llamar utopías". La insatisfacción del presente y la conciencia del ritmo acelerado de la historia empujan hacia esa reflexión esperanzadora sobre el futuro. Pero si ese interés es universal, creo que en América Latina su impacto ha sido aún mayor. El excesivo contraste entre las condiciones de vida popular y los modelos que ostentan las clases acomodadas y que se exhiben en las pantallas provoca ese salto febril hacia el mundo soñado de los ideales. Más aún, la creciente politización de la vida hace sentir cada vez más hondamente la distancia entre la actual realidad social y las aspiraciones igulitarias que la política presenta como tareas inmediatas que se han de conquistar en la lucha. La práctica demagógica de muchos partidos y las críticas exacerbadas de las ideologías izquierdistas han contribuido a hacer más explosivas las esperanzas y a forjar mundos ideales que fascinan con su justicia y perfección.

El citado documento papal nos hace caer en la cuenta de los efectos ambiguos de las utopías. "Un cómodo pretexto para quien desea rehuir las tareas concretas refugiándose en un mundo imaginario". "Una coartada fácil para deponer responsabilidades inmediatas". Pero a la vez puede tratarse de una crítica social que "provoca con frecuencia la imaginación, prospectiva a la vez, para percibir en el presente lo ignorado que se encuentra inscrito en sus posibilidades, y para orientar hacia un futuro nuevo"¹. Dinamiza así las fuerzas inventivas del espíritu y del corazón hacia metas sin término. Esa ambivalencia es la que hace peligrosa e incierta una estimulación indiscriminada de los resortes utópicos, sobre todo en nuestros países insatisfechos y colmados de mentes juveniles.

La utopía ha florecido en todos los pueblos, a lo largo de la historia. Pero conviene distinguir entre lo que es una utopía espontánea que emerge instintivamente del corazón y vive en el alma de los pueblos,

¹ *Octogesima adveniens*, n. 37.

sin correctivos críticos, y la utopía más reflexiva que es fruto del pensamiento filosófico o de la proyección de las ciencias humanas y sociales.

La utopía espontánea encierra en sí, en forma confusa, todos aquellos elementos que anhelamos para nuestra felicidad. La imaginación los amontona unos junto a otros, sin analizar las posibilidades de conciliación entre ellos. En ese mundo maleable de la fantasía, se pueden yuxtaponer todos los bienes ansiados, sin choques ni resistencias. Allí se juntan, con el mismo orden de rango, la verdad y el sentimiento, la contemplación y la acción, la naturaleza y la técnica, la libertad y la igualdad, el amor y la lucha. Todas las dimensiones se aúnan conciliatoriamente, como las imágenes en el sueño. Los problemas nacen cuando se trata de acercar esos ensueños a la realidad.

La utopía reflexiva es más crítica y trata de organizar los diversos elementos de la realidad, con inevitables preferencias unilaterales y con inevitables conflictos que excluyen las síntesis anheladas. Estudia, pues, qué aspiraciones habrá que sacrificar en favor de otras más valiosas y busca las direcciones y fronteras de la acción. No es ya el mero fruto de la imaginación, sino a la vez de la razón sintetizadora y crítica. Esta utopía muestra así la visión del hombre y de la sociedad de los que la propugnan. Siempre habrá valores que se prefieren, frente a otros que son marginados. Unas veces dominará el amor, otras la libertad, otras la justicia.

Estas dos formas de utopía suelen estar muy relacionadas en la vida real. La reflexiva que impone límites y deslinda posibilidades es más propia de las minorías. Pero cuando esas utopías, por críticas que sean, logran encarnarse en el pueblo suelen hacerse pronto espontáneas y confusas, aun cuando se sientan dirigidas por determinadas corrientes de pensamiento.

Ahora bien, cualquiera que sea la utopía necesita siempre de un nombre dinámico y estimulante que despierte con su impacto todo ese mundo de realidades emotivamente amadas por el que se lucha. Un nombre conciso y sonoro estrechamente ligado a las constelaciones imaginativas de los bullentes deseos y promesas.

Ahora no nos referimos al nombre de la utopía trascendente de que nos habla la revelación. Esa realidad no puede ser objeto directo de nuestra planificación o construcción social, sino que es fruto de la comunicación soberana de Dios en diálogo con sus creaturas. Y su nombre es múltiple en la tradición cristiana, aunque la designamos preferentemente como Reino de Dios. Aquí nos referimos a la utopía intramundana que dirija nuestros impulsos hacia la construcción de un mundo más justo y más humano. A la meta que oriente el dinamismo temporal de los creyentes en aspiración incesante hacia el Reino, aun cuando éste sea el encuentro dialéctico de la gracia con el trabajo humano.

Estamos convencidos que entre nuestra utopía y el Reino ha de haber estrecha relación. La utopía es la cara inmanente y siempre imperfecta de lo que Dios ha de revelar en su plena manifestación. Por eso necesitamos también un nombre distinto de Reino, un término vivo y actuante que despierte resonancias profundas para la acción y movilice hacia una lucha solidaria.

No nos puede extrañar que, bajo esta perspectiva, se haya recurrido con frecuencia al término "socialismo", no sólo por grupos de creyentes, sino por la misma jerarquía. Es una palabra que evoca una concepción de la sociedad más solidaria que individualista, más igualitaria que competitiva, más integrada que en perenne tensión. Se trata, a la vez, de un término ligado a las realidades socio-políticas y capaz de despertar hondos anhelos populares. Como señala I. Ellacuría, refiriéndose al socialismo, "no puede extrañar ni a los políticos ni a los hombres de la iglesia que sus respectivos movimientos entren en conexión, a pesar de que uno vea el problema más desde la historia y el otro lo vea más desde Dios"².

El término que designe la utopía no ha de ser un concepto preciso y claramente delimitado. Se trata de un concepto que deslumbra con su fulgor y estimula desde su distancia idealizadora. Aunque la utopía, cuanto más reflexiva, más nítidamente habrá de marcar senderos hacia metas e ideales concretos. Pero nunca se pueden exigir las precisiones conceptuales de las ciencias de lo real. Sin embargo ahí es donde precisamente puede radicar la debilidad de una utopía o de los términos que la designan. Si se presta a tantas interpretaciones que apenas conserve un núcleo común y significativo.

L.J. Leuret, tratando de alcanzar el significado del socialismo, nos dice: "El resultado es que ya no se sabe más qué cubre la palabra socialismo, fuera de una vaga aspiración a tener más o la igualmente vaga aspiración a alguna sociedad mejor"³. Y un político revolucionario se expresa así: "Socialismo. ¿Qué socialismo? Hoy todo el mundo habla de socialismo. La palabra socialismo se ha convertido en la salsa de todos los platos, en la flor en el ojal de toda mentira, en una moda. ¿Hemos olvidado acaso que también Mussolini chachareaba sobre el socialismo, que incluso procedía de él y también Hitler? Nazismo ¿no es tal vez la abreviatura de nacionalsocialismo? Alguien dice socialismo y vosotros detrás sin preguntaros qué socialismo, sin mirar a la cara a quien dice socialismo"⁴.

Por eso, si no podemos pretender una definición del socialismo, debemos al menos hacer alguna distinción elemental que salga al paso a la excesiva ambigüedad del término. Sólo así se evitarán instrumentalizaciones que servirán a causas contrarias de la que se profesa.

L.J. Leuret distingue tres tendencias en el socialismo: socialismo utópico, socialismo reformista y socialismo revolucionario. Y nos hace notar que el socialismo utópico brotó siempre de raíces religiosas y estuvo cargado de hondas aspiraciones éticas y humanistas. Es anterior a Marx y ha brotado como rechazo de las injusticias reales del mundo, y con la aspiración de forjar una sociedad más igualitaria, donde los valores morales primarán sobre el lucro y la competencia. El socialismo refor-

² I. Ellacuría: "Teorías económicas y relación entre cristianismo y socialismo", en *Concilium* 125 (1977), 284s.

³ L. J. Leuret: *Manifiesto para una Civilización Solidaria*. Santiago 1975, p. 49.

⁴ Alekos Panagulis. En la biografía novelada de Oriana Fallaci: *Un Nombre*. Barcelona 1979, p. 292.

mista equivale a los socialismos debilitados que se retraen de los métodos revolucionarios y buscan caminos más prácticos de llegar al poder.

“El socialismo revolucionario ha sido absorbido por el comunismo”⁵. Es marxista. Su dirección es contraria a la del socialismo utópico. Las aspiraciones idealistas de mundos más justos eran para Marx anhelos propios de los frustrados, formas de expresión religiosa, en el fondo, opio. El pretendió, con mentalidad materialista, descubrir las leyes reales de la sociedad que regían los caminos necesariamente y la impulsaban hacia el socialismo. Este socialismo se presenta hoy en nuestros países esencialmente ligado a una filosofía materialista, a una teoría del conocimiento y una praxis ideológica que significan prácticamente la destrucción de la conciencia cristiana⁶. Así lo juzgan lo mismo las autoridades de la iglesia que las autoridades oficiales del marxismo.

La *Octogesima adveniens* advierte claramente que el socialismo “asume diversas formas bajo un mismo vocablo, según los continentes y las culturas”. Reconoce los valores del socialismo utópico, aun cuando reconoce que los creyentes “se sienten tentados a idealizarlo en términos, por otra parte muy generosos: voluntad de justicia, de solidaridad, de igualdad”⁷. Respecto al socialismo reformista, por primera vez, la Iglesia lo reconoce como camino liberador, dentro de ciertos límites. Sin embargo, respecto del socialismo marxista, la enseñanza de la Iglesia sigue rechazando que los cristianos puedan adherirse “a la ideología marxista, a su materialismo ateo, a su dialéctica de violencia y a la manera como ella entiende la libertad individual dentro de la colectividad, negando al mismo tiempo toda trascendencia al hombre y a su historia personal y colectiva”⁸.

El Socialismo de los Obispos Latinoamericanos

Vamos a fijarnos ahora en algunos textos de obispos latinoamericanos que ensalzan el socialismo, como la utopía a la que debemos aspirar los cristianos. Es evidente que no se trata del socialismo marxista, ni del socialismo reformista. Nuestros prelados hablan en un plano religioso y utópico, de la superación del presente orden opresor y de una nueva sociedad que describen con los términos de una utopía espontánea y muy poco crítica.

Ronaldo Muñoz, tratando de analizar el significado del socialismo en los documentos eclesiales latinoamericanos, entre los años 1965-70, se expresa en estos términos: “La mayoría de los documentos, cuando proponen un socialismo, se refieren más bien a un conjunto de valores que, como rectores para la construcción de la nueva sociedad, les parecen prestarse mejor al servicio del hombre, les parecen más conformes con el evangelio. Más en concreto mencionan el hecho de poner las motivaciones morales y solidarias por encima del interés individual, la igualdad

⁵ L. J. Leuret, 1. c., p. 47.

⁶ Ver Puebla, n. 545.

⁷ *Octogesima adveniens*, n. 31.

⁸ O. A., n. 26.

fundamental y la fraternidad entre los hombres, el más justo reparto de los bienes y la dignificación del trabajo”⁹. De esa manera juzgan que la Iglesia latinoamericana se refiere a un socialismo “original, popular y democrático” que responda a nuestras características y se aparte de los abusos cometidos por ciertos socialismos históricos.

Creemos que esa es la tónica general de los documentos episcopales, al respecto. Lo que significa que se trata de un socialismo claramente utópico y espontáneo, sin la menor reflexión a los modos de una posible conciliación entre la igualdad y la democracia. Nos vamos a limitar ahora a citar tres textos episcopales que nos parecen característicos de esta tendencia.

El primero es el llamado “Mensaje de obispos del tercer mundo”, en el que un grupo de obispos latinoamericanos, en unión con otros de países subdesarrollados, hace un llamado para despertar la conciencia de los pueblos pobres. Se alegran de las tendencias que en la Iglesia tratan de rechazar el capitalismo egoísta y se adhieren a la causa socialista. “Los cristianos tienen el deber de mostrar que el verdadero socialismo es el cristianismo integralmente vivido en el justo reparto de los bienes y la igualdad fundamental. Lejos de rechazarlo, sepamos adherirnos a él con alegría, como a una forma de vida social más adaptada a nuestro tiempo y más conforme con el espíritu del evangelio”¹⁰.

Es evidente que los obispos se mueven ahí en un plano religioso y utópico. Podríamos añadir también que su utopía es plenamente espontánea e ingenua. Es cierto que en el evangelio hay rasgos socialistas, como veremos. Pero si los obispos se refieren al campo socio-político no pueden contentarse con hacer alusión al espíritu evangélico. Hay de por medio graves problemas como el de la conciliación de la tendencia socializadora con la personalización y de la libertad con la igualdad. Y sin embargo no se hace ni el más mínimo esfuerzo por integrar aspectos tan conflictivos entre sí. Se limitan a una evocación del evangelio y lo proyectan sin más sobre la actual realidad social. Lo que en el fondo se descubre es la honda aspiración por una sociedad más justa y más humana a la que, por contraste con la presente injusticia, se la designa como socialista.

Un esfuerzo más reflexivo de opción socialista nos lo ofrecen los obispos peruanos, con su documento elaborado para el sínodo de Roma, en 1971. Se trata de un texto que hay que comprender en las circunstancias concretas en que se escribió. En 1968 el general Velasco había comenzado lo que se designó como “la revolución peruana” que trataba de cambiar la sociedad pacíficamente hacia estructuras más justas y humanas. Fue un momento de gran expectativa para las fuerzas renovadoras del país. De hecho, el partido democristiano fue el que ofreció un apoyo más comprometido a la nueva experiencia revolucionaria. También la iglesia oficial la respaldó con su simpatía y su aliento. Saludó

⁹ R. Muñoz: *Nueva conciencia de la Iglesia en América Latina*. Salamanca 1974, p. 251.

¹⁰ “Mensaje de obispos del Tercer Mundo”, n. 14. En *Signos de renovación*, Lima 1973, p. 24.

con gran gozo lo mismo la reforma agraria que la reforma educativa. Y hubo en muchos cristianos entusiasmos prematuros.

La "revolución peruana" no se declaró socialista ni pretendió serlo. Proclamó su respeto a la propiedad privada, aunque trató de privilegiar a la propiedad social, dirigiendo por ese cauce las grandes empresas y la comercialización de las exportaciones. Se autodesignaba, como defensora de una sociedad de participación plena, con ciertos tonos socializantes. En este sentido, la declaración de los obispos va a ir más allá que la misma revolución. Pues va a propugnar abiertamente el socialismo.

Al entusiasmo que las primeras reformas del régimen despertaron en algunos círculos cristianos, hay que añadir la aparición de la *Octogésima adveniens* que, por primera vez, en la enseñanza social de la iglesia, abría las posibilidades de una senda socialista para los cristianos. Los redactores del documento hacen como una gavilla de las alabanzas al socialismo en el documento papal y tratan de atenuar las precauciones y restricciones que se plantean sobre él. De esa manera, resulta una aceptación gozosa del socialismo, aun cuando ya se afirma que no se trata de muchos de los socialismos históricamente existentes. Vamos a citar los párrafos, a pesar de su longitud.

"Lo antedicho y la experiencia de nuestro pueblo lleva al rechazo del capitalismo, tanto en su forma económica, como en su base ideológica que favorece el individualismo, el lucro y la explotación del hombre por el hombre". "Por tanto ha de tenderse a la creación de una sociedad cualitativamente distinta. Entendemos por tal una sociedad en la que rige "la voluntad de justicia, de solidaridad y de igualdad" (O.A. 31), que responde "a la aspiración generosa y a la búsqueda de una sociedad más justa" (O.A. 31) y en la que se realicen "los valores en particular de libertad, de responsabilidad y de apertura a lo espiritual que garanticen el desarrollo integral del hombre" (O.A. 31). "Ahora bien, para que se dé una sociedad de este tipo es menester que la educación de todo el pueblo sea hecha en el sentido social y comunitario de la vida humana, en el ámbito total que abarca la cultura, la economía, la política y la sociedad entera. Por eso tantos cristianos reconocen hoy día en las corrientes socialistas así entendidas, "un cierto número de aspiraciones que llevan dentro de sí mismos en nombre de su fe" (O.A. 31). "Una educación así concebida conduce a la creación de un hombre nuevo y una nueva sociedad. Un hombre social y una sociedad comunitaria, en la que la democracia sea real por la participación política de los miembros de la sociedad, por la propiedad social de los bienes de producción, por una concepción y una práctica humana del trabajo, por una sumisión del capital a las necesidades de toda la sociedad. Por consiguiente esa sociedad así entendida excluye en su concepción a ciertos socialismos históricos que no admitimos por su burocratismo, por su totalitarismo, por su ateísmo militante"¹¹

No cabe duda que se puede leer en estas páginas reflejado el entu-

¹¹ "La justicia en el mundo". Documento del episcopado peruano para el Sínodo de 1971. En *Signos de liberación*, Lima 1973, p. 180.

siasmo de una hora concreta que pronto se desinfló. Por eso los obispos peruanos no han vuelto en los años posteriores a referirse a este texto o sacar consecuencias de él.

También en este texto los obispos se mueven en el plano utópico y con una visión ingenua y espontánea de la utopía. Así parecen pretenderlo expresamente, al tomar para su descripción rasgos que Pablo VI atribuye a la idealización abstracta que algunos creyentes hacen del socialismo. Y hablan así de "voluntad de justicia e igualdad", de "sociedad más justa", de aspiraciones que bullen en los creyentes. Por otro lado, asocian idealistamente y sin el menor sentido del conflicto, la propiedad social de los medios de producción con la democracia real y efectiva de todos los miembros de la sociedad, la necesidad de una determinada forma de educación social con el pleno respeto a la libertad, la voluntad de igualdad con el desarrollo integral. Hacen esa acumulación de rasgos sin el menor esfuerzo imaginativo de integración y sin un sentido realista que se plantee los bienes a los que hay que renunciar o las fronteras que en caso conflictivo no se podrán sobrepasar. Se amalgaman acriticamente bienes del sistema socialista y del liberal en forma abstracta y al conjunto se lo designa un tanto unilateralmente como socialismo.

Vamos a citar un tercer ejemplo que surge en circunstancias semejantes a las del documento peruano. Se trata del caso de Nicaragua en que los obispos, tras una cruenta guerra civil y la victoria popular contra un tirano, sienten la necesidad de estimular reformas sociales, en un clima político inseguro y ambiguo. La Iglesia quiere apoyar los cambios que contribuyan a un mejoramiento del pueblo, pero siente la incertidumbre que provoca todo golpe brusco, cuyo porvenir depende de la voluntad de personajes desconocidos. Las nuevas reformas se levantan con el nombre de socialismo. La Iglesia no lo rechaza, pero pone un número de condiciones para que ese socialismo pueda ser genuino y acogido por los cristianos. Aceptación condicional que trata de protegerse de ulteriores abusos. Citamos también los párrafos, a pesar de su longitud.

"Se oye expresar a veces con angustia el temor de que el presente proceso nicaragüense se encamine hacia el socialismo. Se nos pregunta a los obispos qué pensamos sobre ello". "Si, como algunos piensan, el socialismo se desvirtúa, usurpando a los hombres y pueblos su carácter de protagonista libre de la historia; si pretende someter ciegamente al pueblo a las manipulaciones y dictados de quienes arbitrariamente detentarían el poder, tal espurio o falso socialismo no lo podríamos aceptar. Tampoco podríamos aceptar un socialismo que extralimitándose, pretendiera arrebatár al hombre el derecho a las motivaciones religiosas de su vida o de expresar públicamente esas motivaciones y sus convicciones, cualquiera que sea su fe religiosa". "Igualmente inaceptable sería negar a los padres el derecho a educar a sus hijos, según sus convicciones, o cualquier otro derecho de la persona humana".

"Si, en cambio, socialismo significa, como debe significar, preeminencia de los intereses de la mayoría de los nicaragüenses y un modelo de economía planificada nacionalmente, solidaria y progresivamente par-

tipativa, nada tenemos que objetar. Un proyecto social que garantice el destino común de los bienes y recursos del país y permita que, sobre esta base de satisfacción de las necesidades fundamentales de todos, vaya progresando la calidad humana de la vida, nos parece justo. Si socialismo significa una creciente disminución de las injusticias y de las tradicionales desigualdades entre las ciudades y el campo, entre la remuneración del trabajo intelectual y del manual; si significa participación del trabajador en los productos de su trabajo, superando la alienación económica, nada hay en el cristianismo que implique contradicción con este proceso...". "Si socialismo supone poder ejercido desde las perspectivas de las grandes mayorías y compartido crecientemente por el pueblo organizado, de modo que vaya hacia una verdadera transferencia del poder hacia las clases populares, de nuevo no encontrará en la fe, sino motivación y apoyo". "Si el socialismo lleva a procesos culturales que despierten la dignidad de nuestras masas y les comuniquen el coraje para asumir responsabilidades y exigir sus derechos, se trata de una humanización convergente con la dignidad humana que proclama nuestra fe"¹²

Lo primero que advertimos en este texto es la aceptación cristiana del término socialismo, aun cuando se lo describe como una realidad que puede prestarse a abusos y desviaciones que lo harían reprobable. Pero se acepta como concordante con la fe un socialismo genuino. Se describe después ese socialismo en forma condicional y se le atribuye un conjunto de aspiraciones muy generales, típicas todas ellas de la enseñanza social de la Iglesia. Más aún, se tiende a describir el proceso en forma progresiva y evolutiva, más que revolucionaria. Y hasta podríamos decir que los rasgos que se caracterizan como socialistas no lo son en forma exclusiva y que se podrían realizar por tanto en otras formas de gobierno.

Concluimos por eso que también aquí los obispos hablan en un tono utópico, tratando de describir las reformas necesarias en la sociedad de acuerdo a la visión cristiana. Desaparece también aquí todo esfuerzo por integrar las contradicciones reales del hombre y de la sociedad y por establecer prioridades y sacrificios inevitables. Seguimos pues en el plano de la utopía espontánea que se describe como socialista sin perder los rasgos democristianos.

Resumiendo lo común a los tres textos que hemos aducido, podemos advertir en los obispos una tendencia a aceptar un término que tradicionalmente estaba reprobado en la enseñanza católica y precisamente para describir la utopía de una sociedad nueva y justa. Pero cuando tratan de describir ese socialismo, rehuyen colocarse en el plano concreto de las situaciones socio-políticas y se limitan a describir un régimen abstracto e ideal que reúne las más hondas y genuinas aspiraciones humanas. Se contentan con ofrecer ese modelo utópico espontáneo como contraste de la presente situación de injusticia generalizada.

En ese nuevo lenguaje creo que podemos encontrar un aporte muy positivo. La utilización del término "socialismo" para designar la utopía

¹² Carta de los obispos de Nicaragua del 17 de nov. de 1979. Tomada de un folleto multicopiado.

cristiana no servirá ciertamente para guiar a los cristianos hacia una opción política concreta ni para iluminar el sentido real de la praxis política. Pero al optar por la designación de la sociedad anhelada con el título de socialista, los obispos manifiestan una clara y valiente ruptura con el orden actual. Abandonan de esa manera las tradicionales posturas conformistas y respetuosas del statu quo e ingresan en el lenguaje del cambio y de la transformación social. Como dijimos, la utopía significa una cierta visión determinada del hombre y de la sociedad. Y los obispos, al menos con su terminología, se declaran contra una sociedad dominada por el lucro y la ganancia y se muestran decididos partidarios de una sociedad distinta donde imperen los valores sociales y fraternos.

Sin embargo, hay que reconocer, a la vez, que ese lenguaje utópico e ingenuo se presta a fomentar los sentimientos de frustración ante el presente y de evasión imaginativa hacia un futuro irreal, como indicaba la "Octogesima adveniēns". Se pinta una utopía sin restricciones en la que confluyen los bienes de sistemas contrapuestos y consiguientemente toda restricción real dentro de una sociedad concreta tiende a considerarse como negación injusta de la utopía. El resplandor del mundo imaginado acriticamente puede llevar al desprecio del mundo real y a la insatisfacción ante reformas y sacrificios inevitables. Es el peligro de un opio utópico que se esparce hoy no en nombre de la religión, sino de políticas idealistas.

Evolución y Ambigüedad de la Terminología

El uso del término "socialismo" como designación de la utopía cristiana supone un profundo cambio en la enseñanza de la Iglesia. No podemos olvidar la enseñanza todavía cercana de Pío XI. En ella se distinguía ya claramente entre el socialismo marxista y lo que son otras corrientes socialistas donde se mezclaban aspiraciones utópicas y sistemas más moderados y democráticos de socialismo. La posición del Papa es marcadamente distinta frente a esos dos tipos diversos de enfocar el cambio social. El marxismo es rechazado tajantemente, como contrario a la fe y a la praxis cristiana. Sin embargo se reconocen los grandes valores humanos del socialismo. "El socialismo parece inclinarse y hasta acercarse a las verdades que la tradición cristiana ha mantenido inviolables: no se puede negar, en efecto, que sus postulados se aproximan a veces mucho a aquellos que los reformadores cristianos de la sociedad con justa razón reclaman". Y un poco más abajo se refiere al socialismo más moderado y precisa: "puede llegarse insensiblemente a que estos postulados del socialismo moderado no se distingan ya de los anhelos y postulados de aquellos que, fundados en los principios cristianos, tratan de reformar la humana sociedad"¹³.

Sin embargo, a pesar de esos encomios, la conclusión a que llega el Papa es sorprendentemente dura y la condenación del socialismo se ha hecho célebre: "Socialismo religioso, socialismo cristiano implican tér-

¹³ *Quadragesimo anno*, nn. 113-4.

minos contradictorios: nadie puede ser a la vez buen católico y buen socialista" ¹⁴. Si en el año 1931 se hablaba tan tajantemente de esa mutua exclusión, ¿tanto ha podido cambiar el socialismo o la enseñanza social de la iglesia que hoy no sólo se pueda ya hablar de posible conciliación, sino que se pueda decir que el socialismo es el nombre de la utopía cristiana?

La *Octogesima adveniens* ha modificado ciertamente la postura que tan tajantemente marcó la *Quadragesimo anno*. Y lo ha hecho por un doble motivo. Primero, por la apertura creciente de la iglesia hacia los cambios sociales en favor de las clases más oprimidas. Pero además porque de hecho los socialismos europeos, a los que directamente parece tener en cuenta la carta papal, se han desacralizado en esos cuarenta años, y han perdido mucho de su tradicional mística absolutizadora. La mayoría de los partidos socialistas europeos han entrado ya abiertamente por las vías democráticas y han proclamado el respeto a la libertad religiosa. Desaparecen así los obstáculos que Pío XI veía en su tiempo para una estrecha colaboración de los cristianos en el socialismo.

Pero la enseñanza papal no llega en su cambio a proclamar al socialismo, como la meta utópica a la que deben tender los cristianos. Se limita a distinguir tres niveles diversos, aunque interdependientes, el de la búsqueda utópica de los ideales sociales, el de los movimientos históricamente organizados y el de la ideología integral. Y añade: "La vinculación concreta que, según las circunstancias, exista entre ellos, debe ser claramente señalada, y esta perspicacia permitirá a los cristianos considerar el grado de compromiso posible en estos caminos" socialistas, aunque poniendo siempre a salvo los valores de la libertad y apertura hacia lo espiritual ¹⁵. Es todavía una concesión restrictiva muy distante de considerar al socialismo como utopía. Y es que el Papa habla de los partidos socialistas existentes concretamente en Europa.

Muy distinto parece ser el mensaje de los obispos latinoamericanos que no se suele referir a partidos socialistas concretos a los que pueda orientarse la acción de los cristianos. Y la razón es que de hecho, en la mayoría de los casos, no suelen darse partidos socialistas que no se declaren abiertamente marxistas y propugnadores de la dictadura del proletariado. Nuestros obispos hablan un lenguaje mucho más utópico, cuyo contenido viene a significar meramente el rechazo de la injusticia presente y la necesidad de tender hacia situaciones más justas. O tratan de respaldar ciertos movimientos, no surgidos democráticamente, y de cuyas metas existen dudas razonables y expresan con esa ocasión la necesidad de cambios en favor del pueblo postergado.

En concreto, en el caso que hemos visto de los obispos del tercer mundo, hablan en general y al margen de un contexto social concreto. Y aun la cita que nos aducen con la alabanza al socialismo pertenece al discurso de un patriarca oriental en el Concilio.

El texto de los obispos del Perú se puede contemplar más en su contexto tras el fracaso de la "revolución peruana". En efecto, en 1980

¹⁴ Q. A., n. 120.

¹⁵ O. A., n. 31.

se llevaron a cabo elecciones generales democráticas y se pudo ver el arraigo del socialismo en el pueblo. Mientras los socialismos marxistas presentaron varias listas y obtuvieron un buen grupo de representantes, los partidos propiamente socialistas sólo presentaron dos listas. Una de ellas no consiguió representación alguna para el parlamento. La otra que no se atrevió a presentarse sola, sino que fue unida con el Partido Comunista Peruano, sólo consiguió, a juicio de los mejores comentaristas, disminuir el caudal electoral del tradicional partido moscovita. Vemos, pues, que el llamado del episcopado no se encontraba respaldado por los votos populares. Fue meramente un respaldo a la revolución militar. Y pasada esa hora, en el momento de las elecciones libres, el socialismo se esfumaba y sólo quedaban los socialismos marxistas que podían así aprovechar el prestigio que los obispos habían podido dar a dicha causa.

Algo semejante podemos sospechar de Nicaragua. Si las circunstancias mantienen hasta ahora la revolución en una situación poco definida, juzgamos que el socialismo utópico que preconizan los obispos está más distante de la realidad que un socialismo marxista u otras formas de régimen.

Se pone así de manifiesto la ambigüedad de la utilización del término "socialismo" en nuestros países latinoamericanos. Pues en la realidad concreta no se dan partidos socialistas que no sea los marxistas. Cualquier exaltación, por utópica que sea, del socialismo tiende a redundar en favor de la causa marxista. Y esto va claramente contra la misma intención del lenguaje de los obispos.

No pretendemos decir que todo cambio marxista quede excluido para los cristianos. No nos interesa aquí esa cuestión. Lo que sí queremos poner de relieve es que, en ningún caso, se puede imaginar que el marxismo pueda ser el nombre de la utopía cristiana. A lo más se podrán tolerar muchas de sus actitudes en determinados casos concretos y con mucha discreción. Pero en la práctica el elogio impreciso de la sociedad socialista puede llevar a muchos a creer que lo que se propone como meta ideal no es un socialismo cualquiera, sino el marxista que es el único que actúa realmente en el campo político.

Y ese peligro es mayor porque algunos autores parecen apoyarse precisamente en ese equívoco para apoyar la causa marxista. Un ejemplo claro lo tenemos en los llamados "cristianos por el socialismo". Por un lado, se denominan con la categoría de socialistas y ensalzan los valores de esa sociedad igualitaria. Pero a la hora de la verdad se descubre que su socialismo es en la práctica el marxismo. Así nos dicen: "Queremos identificarnos claramente como cristianos que, a partir del proceso de liberación que viven nuestros pueblos latinoamericanos y de nuestro compromiso práctico y real en la construcción de una sociedad socialista, pensamos nuestra fe y revisamos nuestra actitud de amor a los oprimidos". Pero a la hora de concretar ese socialismo de inspiración cristiana, nos hablan de una "alianza estratégica" con los marxistas, de un caminar "siempre juntos en una acción política común hacia un mismo proyecto histórico de liberación total"¹⁶.

¹⁶ Conclusiones del Primer Encuentro Latinoamericano de "Cristianos por el socialismo". En *Signos de liberación*, p. 241.

En el mismo sentido se mueven muchas de las expresiones de teólogos de la liberación que ensalzan al socialismo, como la gran meta de la justicia cristiana, pero a la hora de la acción no cuentan mas que con la ideología y el apoyo de los partidos marxistas. I. Ellacuría, en su artículo sobre las relaciones entre socialismo y cristianismo, nos dice: "Es claro que el socialismo pretende muy explícitamente la solidaridad a través de la justicia; es claro que busca la salvación histórica y no de tal o cual hombre, o de la suma de individuos, sino del pueblo en su totalidad, a través eso sí de una clase redentora"¹⁷. La mayoría de los términos parecen referirse a un socialismo utópico que ensalza la justicia social. Pero por la alusión a la clase redentora y el resto de la inspiración del artículo, caemos en la cuenta que el socialismo de que se trata es el marxismo.

Los obispos chilenos que vivieron más de cerca un proceso socialista democrático sintieron la instrumentalización del término "socialismo" en muchos medios cristianos. Por eso se expresan con plena claridad.

Hacen ver, en primer lugar, el peligro de una utilización utópica del socialismo, como mero rechazo de la actual situación injusta. "Por reacción a un mal conocido y duramente sufrido —los excesos del capitalismo— podemos tender, a veces, a inclinarnos con una simpatía demasiado ingenua hacia un socialismo que, por ser aún futuro, imaginamos como idílico, tratando de idealizarlo en términos, por otra parte, muy generosos". Y previenen para no establecer comparaciones simplistas entre el bien y el mal, para lo que hacen caer en la cuenta de los abusos de muchos socialismos. "Con esto el sentido de la opción cambia bastante para los cristianos, pues ya no se trata de reemplazar unas estructuras cargadas de pecado por otras cuajadas de esperanza: tanto las estructuras capitalistas como las socialistas necesitan ser purificadas de los elementos de opresión que las manchan"¹⁸.

Pero sobre todo tratan de esclarecer el equívoco, utilizado por muchos, de ensalzar el socialismo utópicamente, para de esa manera implantar el marxismo. "En Chile no interesa hablar del socialismo en general, ni de sus múltiples posibilidades, sino de una modalidad socialista concreta, de aquella que se propone construir entre nosotros y que se ha dado en llamar "socialismo a la chilena". "En Chile no se está construyendo un socialismo cualquiera, sino un socialismo de inspiración marcadamente marxista. Socialismo y marxismo no tendrían necesariamente que coincidir... Pero hoy en día y en el caso concreto de Chile, es la ideología marxista la que anima a los grupos más representativos que se encuentran dirigiendo el actual proceso de construcción del socialismo"¹⁹.

Vemos, pues, que existen problemas muy reales en el uso ingenuo e indeterminado de la terminología. Hay abusos en la descripción ingenua y espontánea de una utopía socialista, al margen de los conflictos

¹⁷ I. Ellacuría, 1. c.

¹⁸ "Evangelio, política y socialismo". Documento de trabajo de la Conferencia episcopal de Chile, de 27 de mayo 1971, nn. 32 y 62.

¹⁹ L. c., n. 30.

reales para su realización. Y hay problemas en levantar banderas socialistas en regiones donde los únicos socialismos concretos son los partidos marxistas que instrumentalizarán las prédicas eclesiales al servicio pragmático de su causa.

Socialismo Evangélico y Socialismo Político

Si nos fijamos ahora brevemente en las razones de la preferencia de muchos cristianos por el socialismo, podemos decir que una primera es que nuestra sociedad se halla precisamente en un régimen capitalista y siente sus efectos con profunda frustración. La utopía no se puede designar con ningún nombre que se halle estrechamente ligado a la presente situación. Toda utopía es lejana y sin espacio. Por eso se suele acudir a sistemas que sean lejanos para que se presten a la idealización. La misma sociedad socialista no describe ya la utopía social con el nombre de socialismo, sino que huye en el tiempo a una situación futura y esplendorosa que designa como comunismo. Son siempre muy patentes las lacras de la realidad actual, para que se pueda asemejar a la utopía. Por eso el socialismo puede ser nombre de la utopía en países no socialistas.

Sin embargo juzgamos que no es esa la única ni la principal causa de la preferencia de los cristianos por el socialismo. Creo que podemos afirmar sin exageraciones que en el evangelio mismo podemos encontrar un cierto espíritu socialista. Así como sería absurdo insinuar que hay en el evangelio un espíritu capitalista, resulta plausible hablar de un cierto socialismo. Es un dato en el que han insistido muchos de los socialismos utópicos y religiosos.

Y es que creemos que hay una diferencia fundamental entre el capitalismo y el socialismo. El primero suele ser el resultado de las tendencias egoístas espontáneas y predominantes en el individuo y del ansia de la propia superación. Por eso podríamos decir que un cierto espíritu capitalista se ha dado siempre desde la sociedad esclavista hasta la actual sociedad de consumo. Algo de ese espíritu se dio en algunas etapas del antiguo testamento y suscitó la réplica contundente de los profetas, defensores de la justicia. Y aun la crítica evangélica de las riquezas no se puede comprender sin el sustrato de esa sociedad avara, llena de espíritu capitalista.

Y no es que queramos reducir el capitalismo a la mera espontaneidad. Reconocemos que se ha dado también una mística capitalista, llena de austeridad y amor al trabajo, dedicada a la producción y parca en los gastos que ha contribuido poderosamente a la multiplicación de las riquezas. Pero el capitalismo, aun en esos casos, tiene algo de más natural y espontáneo que el socialismo. La mística de posesión y de triunfo brota más fácilmente de la naturaleza que la mística socialista de compartir los bienes y preocuparse primordialmente del bien común.

Por eso el espíritu socialista no ha surgido espontáneamente en la historia de la sociedad occidental. Ha sido más bien el fruto de visiones y aspiraciones ético-religiosas, ansiosas de corregir los males sociales que

se seguían del desarrollo abusivo de las tendencias egoístas. Las utopías filosóficas y la vivencia de círculos religiosos presintieron una forma nueva de convivencia social en la que predominaran los aspectos comunitarios y fraternales.

En ese sentido, nos puede decir L.J. Lebreton que "el socialismo aparece como una reacción prohumana contra el capitalismo en cuanto éste se presenta como sistema inhumano"²⁰. Y el mismo Fidel Castro en un diálogo con E. Cardenal, le decía que "el capitalismo era muy peligroso, porque era muy atrayente. Iba a favor de todos los instintos del hombre: el egoísmo, la codicia, la sensualidad, la pereza, la prostitución de todo tipo, la usura. Mientras que el socialismo era antiinstintivo. La posición del socialismo ante el capitalismo era desventajosa, porque era el sacrificio"²¹. Es decir que ve el socialismo en función de una mística y una ascética.

No cabe duda que el evangelio está dentro de esa corriente profética que censura los abusos de una sociedad del bienestar y de la avaricia, en que la clase vencedora acumula los bienes y tiende a idolizar el dinero. En ese medio, Jesús llama a una conversión que aleje de ese espíritu capitalista y arrastre hacia los nuevos valores de la comunidad, el amor y el sacrificio por los hermanos. La crítica al espíritu capitalista va unida a una nueva visión de la sociedad, donde predominan los valores altruistas y fraternales.

Frente al egoísmo avasallador que regía aquella sociedad de lucro y de avaricia, Jesús pone como valor fundamental el amor al prójimo (Mt 7,12). La nueva comunidad de sus discípulos estará formada por hermanos (Mt 23,9). Los ricos y los que se afanan por los bienes terrenos apenas podrán entrar en el Reino (Mc 10,25). No importa perder el propio tiempo y abandonar el trabajo, si se trata de servir al peregrino que se encuentra abandonado (Lc 10,30 ss). La "injusta riqueza" hay que saberla utilizar para conseguir verdaderos amigos que nos acerquen a Dios (Lc 16,9). No hay que preocuparse por el mañana, ni se deben acumular riquezas (Mt 6,25 ss; Lc 12,16 ss). En el fondo, hay más dicha en dar que en recibir (Hch 20,35), principio que es la antítesis del espíritu capitalista y la base de una convivencia socialista y fraternal. La tendencia competitiva a superarse se ha de cambiar de dirección y hay que competir en el servicio a los otros (Mc 10,42 ss).

De hecho, los primeros cristianos de la iglesia de Jerusalén empezaron a vivir el cristianismo en forma socialista. Poseían todos los bienes en común y recibían de la comunidad cuanto necesitaban para su sustento, de manera que no había entre ellos indigentes (Hch 4,32 ss). La enseñanza teológica sobre el Cuerpo Místico venía a confirmar la integración de todos los cristianos en un organismo común en el que cada miembro estaba al servicio de la totalidad. De hecho la tradición de una vivencia socialista del cristianismo, con comunidad de bienes y de tareas, se ha

²⁰ L. c., p. 47.

²¹ "Ernesto Cardenal en Cuba". Buenos Aires 1972, p. 363.

conservado en la vida religiosa, cuyo ideal ha sido siempre la igualdad fraterna entre todos y la comunicación generosa de todos los bienes.

Ahora bien, es evidente que ese socialismo evangélico no se ha pensado a nivel estatal, como forma de gobierno de una sociedad. Se inspira mucho más directamente en el socialismo familiar en el que los miembros de la familia tienen todas las cosas en común y se comunican los bienes en virtud del amor que los une. Fueron más bien los cristianos de la edad moderna los que, al surgir las nuevas corrientes socialistas, sintieron en ellas una cierta connaturalidad con su propia tradición religiosa y trataron de mostrar que Jesús había sido el primer socialista y que la primitiva comunidad había estrenado el nuevo sistema de vida. Así surgieron en muchos países europeos partidos socialistas cristianos que se oponían al espíritu capitalista del lucro y de la competencia y llamaban a una reforma social hacia la comunidad de bienes entre todos los ciudadanos²².

Sin embargo conviene señalar la gran diferencia que media entre el socialismo evangélico y un socialismo, como régimen político. A pesar de una evidente semejanza espiritual, como tendencia a la comunicación y comunión de bienes, las diferencias son decisivas y no se puede sin más pasar de un plano al otro, como a veces se hace.

El socialismo vivido por los primeros cristianos o los religiosos fue siempre el fruto de una conversión personal, llevada a cabo libremente. Y de esa conversión interior brotaba la opción por un nuevo género de vida en fraternidad con los hermanos. En el socialismo político se trata de un régimen de vida obligatorio e impuesto a todos los ciudadanos. El espíritu evangélico llevó siempre hacia tendencias heroicas que exigían sacrificio y abnegación en favor de los otros. Y era en virtud de ese compromiso valiente y generoso, como los cristianos o los religiosos se comprometían a una vivencia comunitaria, renunciando a la propiedad privada de los bienes. En el socialismo político, el sacrificio se exige a todos aun a los que voluntariamente no desean hacerlo. El socialismo cristiano, como toda la moral de Jesús, está inspirado en el amor que arrastra a la comunicación generosa de los propios bienes con aquellos a los que se ama personalmente, o en virtud de la unión mística con Cristo. En el socialismo político, los móviles amorosos han de ser reemplazados por otros más prácticos y legales.

El socialismo político está así siempre en peligro de reprimir las profundas aspiraciones a la personalización por imponer los esquemas socializantes. Y cuanto las relaciones sociales son más vastas y complejas, mayor necesidad hay de férreos controles y burocracias impersonales que hagan funcionar una máquina que no se mueve con resortes espontáneos. Por eso el socialismo estatal sigue teniendo un carácter represivo, mientras impone una renuncia total a los bienes de producción. Y aunque trata de despertar una mística social, ahí mismo practica la violencia, pues no espera a que los ciudadanos elijan libremente el sistema, sino

²² G. Ruggeri: "Cristianismo y socialismo en Italia". En *Concilium* 125 (1977), p. 153ss.

que les impone una educación que ha de llevarles a los modelos preconcebidos por dirigentes ideologizados.

El evangelio, por el contrario, se mueve siempre en la dimensión religiosa de la libertad y del amor. Toda la economía de la elección de los creyentes está regida por la libertad soberana de Dios que dista mucho de las leyes niveladoras de la justicia. Así lo muestra la parábola de los trabajadores de la viña, o de los talentos. Y a su vez Dios espera siempre la libre respuesta del hombre, respetando su libertad aun en el caso del rechazo, como vemos en el joven rico.

Muchas de las dificultades que hemos señalado del socialismo político se atenúan, cuando deja de imponerse como sistema dictatorial y se acude a él por vía democrática. Comblin señala el fracaso del socialismo marxista por su sistema socialista de nacionalización de los bienes que no redundan en beneficio de los particulares. Y ve el futuro en nuevas formas de socialismo menos rígido y más democrático. Un socialismo que consistiría en una "sociedad en que los productores controlan las condiciones y los resultados de su actividad de producción"²³. Al tratarse ahí de una socialización más fácilmente conciliable con la personalización, se hace más fácil concebir ese socialismo como utopía para los esfuerzos cristianos.

Nombre de la Utopía Cristiana

El documento de consulta para Puebla había abordado positivamente el tema del socialismo, como posible meta de la acción cristiana. Sin embargo, la asamblea en su documento definitivo ni siquiera nombró al socialismo. Quizás porque advirtió que se trataba del nombre de una utopía que podía ser fácilmente instrumentalizado. Y porque advertía que no existían en la presente coyuntura de nuestro Continente caminos reales que pudieran encauzar las aspiraciones socialistas sinceras de los cristianos.

A lo largo de este artículo, hemos mostrado el peligro real de esa manipulación del término "socialismo". Usado con buena voluntad y sentido cristiano puede, sin embargo, servir a una causa contraria. Por eso juzgamos que el término "socialismo" no es el más adecuado para expresar en forma ordinaria la utopía por la que luchamos. Pero sin embargo no podemos menos de reconocer el valor que ya señalamos, de expresar el rechazo del orden presente y alinear a los cristianos en una actitud de cambio y de compromiso con las clases más oprimidas. Por eso tampoco rechazamos el término sin más.

Son muchos los que juzgan conveniente que, cuando se utilice dicho término, se le añada algún apelativo que precise su significación y lo deslinde de interpretaciones contrarias o ambiguas. Aunque de esa manera el término pierda en contundencia y agresividad. Unos prefieren hablar de "socialismo en libertad", otros de "socialismo de rostro humano", otros de "socialismo humanista" o "socialismo democrático". Lo

²³ J. Comblin: *Teoría de la Práctica de la Revolución*. Bilbao 1979, p. 147s.

fundamental es que se ponga de relieve una cierta característica que lo despegue de concepciones inhumanas y anticristianas.

Pero, a la vez, nos parece también importante el que la enseñanza social de nuestra iglesia evite descripciones utópicas ingenuas y espontáneas de la sociedad futura, pues ya indicamos que se pueden convertir en opio para el pueblo. Eso no significa renunciar a la utopía ni a la utopía socialista. Significa hacer esfuerzos para presentar ideales de alguna manera factibles y en los que no se escamotee la ineludible dimensión contingente y limitada de nuestra naturaleza ni la ineludible necesidad de ingentes sacrificios para las mejoras que siempre serán de alguna manera precarias. Pues para los cristianos la auténtica utopía definitiva es sólo el Reino de Dios, donde Él romperá los moldes de nuestra naturaleza y será posible una felicidad sin herida ni angustia. Todas las demás utopías, aunque necesarias y útiles para la praxis temporal, siempre deberán estar condicionadas por las posibilidades de lo real, aun cuando esa realidad esté abierta a horizontes nunca delimitables con precisión.